

SUEÑOS Y VISIONES DEL REY RICARDO III **LA NOCHE QUE PRECEDIÓ A LA INFAUSTA BATALLA DE BOSWORTH**



▣ **TERELE PÁVEZ / JUAN DIEGO**
FOTO: SERGIO PARRA

La Historia cuenta que **Ricardo III** de Inglaterra tuvo una ajetreada vida salpicada de intrigas, compra de voluntades y traiciones provocadas por su sed de poder. Tras alcanzarlo, ciñó la corona durante cerca de tres años, al cabo de los cuales le llegó la muerte de forma temprana, pues apenas contaba treinta y tres años de edad, y violenta, ya que tuvo lugar en el curso de la batalla acaecida en 1485 en **Bosworth**. Hijo del tercer **duque de York**

y hermano de **Eduardo IV**

, entre los episodios destacados de lo que acabaría siendo una tenaz escalada a las cimas del

estado figuran su decisiva contribución en los campos de batallas a la vuelta al trono de

Eduardo

, del que había sido despojado; le fueron concedidos cargos de gran responsabilidad, mientras su hermano

Jorge

, duque de Clarence, caía en desgracia y era ejecutado; a la muerte de

Eduardo

, fue nombrado

Lord Protector

del nuevo monarca,

Eduardo V

, que apenas contaba doce años de edad, tutela que le enfrentó a la viuda del difunto rey, lo que provocó que varios miembros de la familia fueran acusados de planear su asesinato y ejecutados por ello; acto seguido, condujo al rey niño y a su hermano pequeño a la

Torre de Londres

, sin que nunca más se supiera de ellos, y, no mucho después, apoyado en una sentencia que declaraba ilegítimo el matrimonio de

Eduardo IV

, anulaba los derechos de su primogénito al trono; despejado el camino, el

Parlamento

le proclamó rey. Si corto, tampoco fue tranquilo su reinado. Apenas coronado, partidarios del fallecido monarca y la indignación de importantes miembros de la nobleza unieron sus fuerzas para destituirle y restablecer el orden sucesorio, mas al cundir la sospecha de que

Eduardo V

estaba muerto, se barajó la opción de que empuñara el cetro

Enrique Tudor

, quien vivía exiliado. La operación desembocó en movilización de tropas, proyectos frustrados por los elementos, deserciones provocadas por la incertidumbre sobre el desenlace, formación de nuevas alianzas y, al cabo, la citada batalla de

Bosworth

, en la que halló la muerte, poniendo fin al reinado de la

dinastía York

en beneficio de la de los

Tudor

. Verdad es que todo indica que, la de

Ricardo III

, no fue una vida ejemplar, aunque pudiera argumentarse, en su descargo, que seguramente no se diferenciaba demasiado de la de aquellos a los que disputó el poder. Siendo la violencia y el crimen las armas más usadas por la clase política de la época, se entiende que sus defensores dejaran en un discreto segundo plano esas prácticas y destacaran otros aspectos más edificantes de su biografía. Amén de alabar su talento militar, recordaban que mandó construir iglesias y colegiatas, que creó instituciones como el

King's College

, el

Queens College

y el

College of Arms

, que estableció la justicia gratuita para los más necesitados y la libertad bajo fianza para los acusados de delitos de escasa gravedad y que levantó las restricciones a la venta de libros, lo que, junto a otros piadosos actos y a su generosidad, le permitieron gozar de la simpatía del pueblo. De sus últimos momentos, destacaron el valor derrochado cuando, traicionado por uno de sus leales, sacó fuerzas de flaqueza para derribar a varios enemigos antes de ser abatido. También sus escasos retratistas contemporáneos ofrecieron de él una imagen amable, de la que llamaba la atención su hermosura y delgadez. Al tratarse de retratos de medio cuerpo, no dejaron testimonio de cómo era el resto. Hubo que esperar al reciente descubrimiento de sus restos para averiguar que medía 1,72 metros y certificar que padecía una escoliosis que le causó una curvatura en la columna vertebral. Tales datos aliviaron a los miembros de la

Sociedad Ricardo III

, que reivindica su memoria, uno de los cuales afirmo: “

No tiene cara de tirano. Lo siento, no la tiene

”.

Los historiadores del periodo **Tudor** borraron cuanto de positivo había en la vida de **Ricardo III** e hicieron hincapié en los aspectos que menos le favorecían. Lo hizo

Tomás Moro

en su

Historia de Ricardo III

, publicada en 1513, y, setenta años después,

Holinshed

en la segunda parte de

Crónicas de Inglaterra, Escocia e Irlanda

.

Esas fueron las principales fuentes en las que bebió

Shakespeare

para escribir en 1591 su tragedia. Fiel a ellas, su relato de los tres últimos lustros de la vida del Rey le muestran investido de todos los males, sin rastro alguno de nobleza o bondad.

Comparte con otras

criaturas shakesperianas

la ambición de poder y la afición al crimen, pero esta es la más repugnante e infame de todas, pues hace de la traición una de sus más poderosas armas e ignora el valor de la amistad. Cada escena se convierte en un insoportable ejemplo de indecencia. La extrema deformación de su cuerpo completa el retrato repulsivo de un

Quasimodo

coronado. En cuatro apretadas horas de representación resumió un implacable

Shakespeare

las fechorías del personaje. El espectador es testigo de cómo

Ricardo

provoca que su hermano

Jorge

dé con sus huesos en la

Torre de Londres

; del obscuro acoso al que somete a

Lady Ana

tras asesinar a su esposo sin otro motivo que el de tener vía libre para casarse con ella, de cuya belleza está prendado; de la violenta disputa familiar con intercambio de insultos que se produce cuando

Eduardo IV

, ya enfermo, convoca a los suyos para aliviar las tensiones que les tienen enfrentados; de cómo asesinos contratados por él dan muerte, en la celda que ocupa, a su hermano

Jorge

; de las fingidas muestras de dolor con que acompaña la noticia del suceso; de las maniobras para evitar, muerto al fin el

Rey

, que el príncipe

Eduardo

ocupe el trono al que es acreedor, que concluirán con su encarcelamiento y el de su hermano y su posterior ajusticiamiento; de otros crímenes que van diezmando las filas de cuantos se oponen a sus planes; de la patraña urdida para declarar que el matrimonio de

Eduardo IV

fue ilegítimo y, en consecuencia, también lo era su heredero; de la farsa que protagoniza con la colaboración de su primo para hacer creer que no tiene el menor interés en ocupar el poder vacante, pero que por responsabilidad acepta asumirlo; de cómo, ya encumbrado, recluye a su esposa con el pretexto de que está enferma para contraer nuevo matrimonio, ahora con

Isabel

, la hija de

Eduardo IV

; de la labia con la que convierte el odio de las mujeres que han formado parte de su vida en perdón; de cómo los contratiempos que empiezan a acecharle le empujan a nuevos crímenes, entre ellos el de su primo, que ha renunciado a seguir siendo su cómplice; de la irrupción en su sueño, en vísperas de la batalla de

Bosworth

, de los fantasmas de sus víctimas para maldecirle y desear su derrota; y, en fin, a su muerte en combate. El continuo horror convertiría esta obra en un anticipo de lo que mucho después

Artaud

llamaría teatro de la crueldad si no fuera porque la palabra es parte esencial del

teatro de Shakespeare

. Y esa palabra es la que libra a

Ricardo III

de parecerse a un thriller macabro. La capacidad de su protagonista para seducir o manipular con ella a los demás, la ironía de que hace gala y la profundidad de las ideas que destilan sus reflexiones le emparentan, en alguna medida, con

El príncipe

,
de Maquiavelo.

La versión que ahora se ofrece introduce en el título un cambio significativo. Convierte el que le dio su autor en *Sueños y visiones del rey Ricardo III*, lo que significa que no estamos ante una sucesión de acontecimientos en tiempo presente, sino ante la rememoración que de ellos hace su protagonista. El subtítulo precisa el momento en el que las imágenes y los sucesos acuden a su mente: la noche que precedió a la infausta batalla de

Bosworth

. Es decir, el mismo en el que, en el texto original (Acto V, escena III), se produce, ante

Ricardo

dormido, el desfile de los espectros de sus víctimas. Las consecuencias inmediatas de este planteamiento son que los casi cincuenta personajes del reparto queden en dieciséis y que la duración del espectáculo no supere las dos horas. Pero la síntesis brinda la oportunidad de, despojado el texto de páginas sin duda hermosas, pero prescindibles, mostrar sin veladuras el pensamiento íntimo de ese tortuoso individuo.

Sanchis Sinisterra

, responsable de la dramaturgia, que ha definido su trabajo como

(per)versión

de la tragedia shakesperiana, ha señalado que su intención no era proponer una reflexión sobre la ambición, sino preguntarse sobre ese espejo interior que llamamos conciencia en el que se reflejan y refractan los actos que nos definen ante el mundo y ante nosotros mismos. Objetivo cumplido por parte de quién es ducho en la no siempre sencilla tarea de convertir a los clásicos en nuestros contemporáneos. Al final, en este rey

Ricardo

vemos representada a esa parte del género humano que recorre, pertrechada con las peores armas, el camino que, en vez de al placer, a la razón y al éxito, conduce al dolor, a la locura y a la autodestrucción.

Dino Ibáñez y Miquel Àngel Llonovoy han concebido un espacio escénico en el que en muy contados momentos reconocemos sitios concretos. Casi siempre es un lugar impreciso, envuelto en nieblas que difuminan el paisaje. Las luces y las imágenes que se proyectan sobre él, lejos de disiparlas, crean un ambiente más turbio aún, por el que deambula la mente extraviada de un ser soberbio que se resiste a admitir que su papel de verdugo ha concluido y ahora es él el condenado. Si irreal es la escenografía, no sucede lo mismo con los personajes.

Carlos Martín

, el director, podía haberlos mostrado como figuras fantasmales hijas de la pesadilla del protagonista. Sin embargo, los muestra como eran antes de convertirse en recuerdos: seres de carne y hueso en los que se va ejecutando lo que el destino les tenía reservado.

A la cabeza del reparto, figura **Juan Diego Shakespeare** no puso edad a su *Ricardo III*. Si lo hubiera hecho de acuerdo con la que realmente tenía el verdadero, hubiera oscilado entre los diecinueve que contaba a la muerte de

Enrique VI

y los treinta y tres en que se produjo la suya. Nada obliga, por tanto, a que un papel de tal

envergadura lo asuma un actor demasiado joven o sin suficiente experiencia. En consonancia con ello casi siempre se busca actores consagrados, de modo que la edad del personaje acaba siendo la de su intérprete. El primero de todos,

Richard Burbage

, tenía 65 años cuando la hizo en el

Teatro del Globo

. El de menor edad fue, posiblemente,

David Garrick

, que solo contaba 28. 36 tenía

John Barrymore

; 41,

Vittorio Gassman

; 48,

Laurence Olivier

; 52,

Kevin Spacey

; y 56,

Ian Mackellen

y

Al Pacino

. Entre los españoles,

Jerónimo Areval

lo hizo con 43,

José Pedro Carrión

con 47 y

Xosé María Olveira

con 50. A sus 72 años,

Juan Diego

es, con diferencia, el de más edad. En escena, no finge tener otra. Es un anciano enérgico y astuto que exagera su deformidad. Nos repugna su aspecto de bestia agresiva y no damos crédito a su maldad. Nos sorprende el éxito de su estrategia para seducir a las mujeres a pesar de la repulsión que produce su comportamiento de viejo rijoso. Nos gusta más, como actor, cuando la gesticulación y la voz rota dejan resquicios para que asome su sarcasmo o se vanaglorie de su astucia. La edad del resto del elenco está en consonancia con la del protagonista. Entre los más veteranos brillan

Carlos Álvarez-Novoa

en el papel de

Buckingham

; una inmensa

Asunción Balaguer

-¡ochenta y nueve años recién cumplidos!- en el de

Margarita

; y

Terele Pávez

como

Duquesa de York

Sueños y visiones de Ricardo III. Crítica

Escrito por Jerónimo López Mozo

Jueves, 20 de Noviembre de 2014 09:05 - Actualizado Jueves, 20 de Noviembre de 2014 13:13

.
Ana Torrent

y
Lara Grube
demuestran su talento en sendas escenas importantes: la primera, que asume el papel de **Isabel**

, en el cónclave que comparte con
Balaguer

y
Pávez

; la segunda, en el de

Lady Ana
, durante el acoso al que es sometida por
Ricardo III

, del que sale profundamente turbada.

Juan Carlos Sánchez

,
Jorge Muñoz

,
Oscar Nieto

,
Pepe Hervás

,
Anibal Soto

y
José Luis Santos

, los tres últimos doblando papeles, completan el reparto con solvencia.

Sueños y visiones de Ricardo III. Crítica

Escrito por Jerónimo López Mozo

Jueves, 20 de Noviembre de 2014 09:05 - Actualizado Jueves, 20 de Noviembre de 2014 13:13



Más información de [Ricardo III en la revista](#)



Copyright © **LOPEZ MOZO**

Sueños y visiones de Ricardo III. Crítica

Escrito por Jerónimo López Mozo

Jueves, 20 de Noviembre de 2014 09:05 - Actualizado Jueves, 20 de Noviembre de 2014 13:13



<http://www.cataluñadeclaro.com>